

ALTAR Y TRONO.

REVISTA HISPANO-AMERICANA,

REDACTADA POR LOS MAS CONOCIDOS ESCRITORES CATÓLICO-MONÁRQUICOS,

Y DIRIGIDA POR LOS SEÑORES

D. A. J. DE VILDÓSOLA Y D. VALENTIN GOMEZ.

SUMARIO.

Las Antillas españolas, por D. Valentin Gomez.—La vitalidad del catolicismo: al diputado demócrata Sr. Pi y Margall, por D. A. J. de Vildósola.—El catolicismo y los políticos de la Europa moderna (continuación), por D. Juan Gonzalez, dignidad de chantre de Valladolid.—Estudios económico-sociales: la economía política y el catolicismo, por el P. D.—Revista de la semana, por D. Luis Echverría.—Correspondencia de Paris.—Ademas se reparte con este número el pliego tercero (16 páginas) de la obra del P. Magin Ferrer, *Question dinástica*, cuyo pliego forma el completo de las 24 páginas de la Revista.

LAS ANTILLAS ESPAÑOLAS.

Hay al otro lado de los mares que el audaz marino y fervoroso cristiano Cristóbal Colon fue el primero en cruzar, una tierra privilegiada del cielo, un paraíso superior á cuanto sueña la creadora imaginación del hombre; un paraíso, sin embargo, donde parece que la desgracia ha querido clavar su diente destructor.

Aquella hermosa naturaleza, fecundada é iluminada por un sol sin ocaso, nos dió en otro tiempo torrentes de oro que sirvieron para corromper nuestras costumbres, entregarnos al sueño de la opulencia y ser explotados por la codicia de los extranjeros. No supimos aprovechar aquel don prodigioso con que la Providencia premiaba, sin duda, alguno de los muchos servicios que la nación española había prestado en todos tiempos á la causa de la justicia. ¡Quién sabe si era la recompensa que Dios otorgaba á España por las grandes virtudes de Reina que brillaron en la gloriosa existencia de Isabel la Católica! Mas no porque una fatal indolencia inutilizara los grandes veneros de riqueza que de las Antillas recibíamos, dejamos de mirar siempre á aquel país con ojos de singular cariño, de amor verdaderamente fraternal.

Todos nuestros Reyes tuvieron especial cuidado de que aquellas lejanas tierras, á donde suele llegar con alguna dificultad la vigilante mirada del gobierno, fueran bien regidas y administradas, como convenia á tan rico país y á la noble nación que tenia la fortuna de poseerle. Las leyes de Indias son una prueba evidente del buen deseo que animaba á nuestros Reyes respecto de la organización de todas las clases, indígenas y peninsulares, esclavas y libres, que poblaban aquellas apartadas regiones.

Mas confesamos sin rebozo que ni el buen deseo, ni las buenas leyes bastaron para que no hubiera abusos y

desaciertos por parte de los que, abandonando inconsideradamente la metrópoli, iban á hacer fortuna á las Indias, como á país conquistado.

En efecto: no fue siempre la administración tan recta y sabia como debia, ni los peninsulares allí establecidos dieron constantemente pruebas de que ambicionaban el bien de nuestras colonias, y no su propio bien á toda costa, aun en perjuicio de aquellas. Hubo escándalos, hubo corrupcion, porque ciertamente no era fácil impedir que invadieran aquel país los que en este llevaban renombre y fama de gente venal, holgazana y perdida.

Las grandes fortunas que allí se conquistaban en poco tiempo por los innumerables aventureros que desafiaban mil peligros por la esperanza de adquirir un puñado de oro, eran poderoso estímulo para que siguieran el ejemplo otros muchos cuya imaginación se pintaba maravillosos cuadros al oír las brillantes descripciones que hacian los que al volver traian en gran parte cumplidas sus magníficas esperanzas.

Esto ha sucedido desde el descubrimiento de América, y esto sucede todavía. Nuestras posesiones americanas han sido el lugar donde se citaba la gente menos respetable de España. Pero sobre todo, desde que el liberalismo se introdujo en nuestras instituciones políticas, aquellas colonias han sido real y positivamente lo que Fernando VII llamaba el *puerilero*.

Bien se echa de ver que al hablar así no nos referimos, ni podemos hacerlo, á aquellos que han ido y van frecuentemente á establecerse allí, en la confianza de que pueden encontrar medios mas eficaces para hacer una fortuna trabajando con honradez y asiduidad. No hablamos de estos; antes bien comprendemos que muchas gentes, disgustadas de que en nuestro desventurado país no haya otro modo de medrar que la política, se decidieran á acogerse á las antiguas instituciones vigentes en las colonias, donde á lo menos era protegido el trabajo, se gozaba de paz y no se pensaba en sustituir ministerios y agitar el país con luchas electorales.

Refiérense nuestras censuras principalmente á la administración pública, puesta en manos escesivamente ligeras, y no moderadas, en lo general, por la estrechez de una conciencia recta. ¿Habrà quien no haya oido contar alguna de esas innumerables historias escandalosísimas que circulan de boca en boca, como pruebas palmarias de la inmoralidad que reina en los empleos públicos de nuestras posesiones ultramarinas? ¿Habrà quien no haya visto volver con grandes capitales á alguno de esos empleados cuyo sueldo no podia dar de sí mas que para

los gastos necesarios, y hacer exiguos ahorros? Todo el mundo sabe algo de esto, y todo el mundo va ya comprendiendo que el aumento de tan grave mal está en nuestros errores políticos, en nuestro absurdo sistema de gobierno, esencialmente corruptor y corrompido.

No podemos, en honra de la verdad, decir que en tiempo de nuestra monarquía la administracion de la América española no se resentía de algunos acaso graves defectos. Hemos dicho ya las causas poderosas que originaban estos males, cuya estincion completa era poco menos que imposible. Pero sí tenemos derecho á asegurar, porque la historia es de esto testimonio irrecusable, que desde el imperio del liberalismo en España, á pesar de haberse conservado las antiguas leyes de Indias vigentes en aquel pais, la desmoralizacion administrativa y el desbarajuste en todo ha crecido de tal manera, que se ha hecho posible una revolucion tan importante como la que estalló en la isla de Cuba al repercutir el estampido de los cañones de Alcolea.

Debemos confesar paladinamente que en América, por lo comun, se nos odia, ó á lo menos se nos mira con muchísima prevencion; y este odio y esta prevencion no descansan en vanas preocupaciones, sino en hechos positivos, en causas perfectamente justas. Tal vez haya un poco de ingratitud en hacer solidariamente responsable á la nacion española de las torpezas é iniquidades de sus gobiernos: tal vez nuestros hermanos de Ultramar no han pensado bien en que nosotros, como ellos, hemos estado sufriendo, y sufrimos hoy mismo, la tiranía grosera de un sistema desmoralizador, cuya legitimidad se funda en el derecho del mas fuerte, y cuya base es la desconfianza mutua de todos los poderes. Mas, sea de esto lo que quiera, el hecho es que cuando los isleños se quejan de la administracion pública, y dicen que allí no van mas que explotadores, tienen razon que les sobra.

¿Y cómo puede ser otra cosa cuando nuestras discordias constantes y la inestabilidad consiguiente de nuestros gobiernos no permite que el empleado público rechace toda oferta de soborno y toda ocasion de ilícito lucro, por temor de ser lanzado de su destino, sin causa justa, el día menos pensado? ¿Pues no sucede aquí otro tanto? ¿No hemos visto ir creciendo notoriamente la desmoralizacion administrativa conforme se han ido ensanchando las *preciosas* conquistas del liberalismo? Con mayor motivo, pues, debe sentirse tan grave mal en nuestras Antillas, donde las tentaciones son mas fuertes por el carácter de los negocios del pais, y la inestabilidad del empleado mas perjudicial y lamentable por los gastos, las incomodidades y los peligros de la travesía y de la permanencia en aquellos insalubres climas. Convenzámonos: pedir estrechez de conciencia y absoluta integridad al empleado que cruza la inmensidad de los mares; que deja tal vez á su familia; que se espone á morir víctima de las enfermedades tan frecuentes allí, para encontrarse quizás con su cesantía en el momento de poner el pie en aquellas remotas playas, es pedir que sea un héroe, y el heroismo no es comun en el linaje humano.

Esto es lo que exige pronta y radical reforma; pero el liberalismo es impotente para llevarla á cabo, porque en sí mismo, como en la caja de Pandora, se contienen todas las calamidades de la sociedad. En vez de poner

mano en semejantes vicios, ¿qué ha hecho nuestra *gloriosa* revolucion de setiembre? Dar lo que no piden ni han menester nuestras colonias: libertades á montones para que se desahogue sin trabas el espíritu antipatriótico, y las clases ínfimas, que sufren de mal grado la superioridad de las clases conservadoras, pongan en peligro los mas sagrados y respetables intereses. ¿Para quién es ventajosa la libertad de imprenta y de asociacion en nuestras Antillas? Para los enemigos de nuestra patria, que propagan las ideas disolventes entre los esclavos y los perdidos, con el fin de sacudir la natural influencia de los propietarios y gentes acomodadas, y de preparar, no la independendencia, sino la sumision de las Islas á otros Estados que las codician tiempo há. ¿Qué provecho puede reportar á los isleños el nombramiento de diputados para nuestro Congreso? Por de pronto, la perturbacion que traen consigo todas estas elecciones, la division de los ánimos y el encono de los partidos, y despues, el aumento de la corrupcion en los hombres y en las cosas, como ha sucedido en nuestro desventurado pais. Crecerán las intrigas y las ambiciones; se abandonará el cuidado de los negocios por entregarse al torbellino de esta política menuda y rastrera, de donde las conciencias mas puras suelen salir manchadas, y ciegas las inteligencias mas esclarecidas.

Si el liberalismo que hasta hoy ha imperado en España no ha reformado la administracion de nuestras Antillas ni ha dado impulso á su natural riqueza, antes bien ha aumentado considerablemente los males que se vienen lamentando tiempo há, ¿qué ha de hacer el liberalismo ardiente que hoy ha invadido las regiones del poder?

No son estos gobiernos inmorales y anárquicos los llamados á hacer reformas prudentes y saludables. Esta gran empresa solo puede llevarla á cabo un gobierno sólido, estable, paternal, fuerte con la fuerza de su derecho, justo y cristiano, en fin, que dé seguridad á todas las instituciones y se rodee de hombres de bien, dispuestos á sacrificarse por la prosperidad y grandeza de la patria, de quien las colonias son retoños queridos, frondosas y robustísimas ramas.

Esperamos en Dios que este gobierno vendrá, y que nuestras Antillas podrán, á su sombra, respirar libremente con la libertad hija de la justicia y del amor paternal de los buenos Reyes.

VALENTIN GOMEZ.

LA VITALIDAD DEL CATOLICISMO.

AL DIPUTADO DEMÓCRATA SR. PI Y MARGALL.

1.

Muy señor mio: Llegó V. á la Asamblea Constituyente precedido de una gran reputacion. Nos habia V. prodigado en discursos, á todo propósito pronunciados, las expansiones de su idea y su sentimiento; no se habia V. circunscrito, en sus escritos de la prensa, á la rutina revolucionaria, ni en cuanto á la intemperancia de la forma, ni en cuanto á la monotonía del fondo. Esa reputacion de pensador radical y de político práctico con que se mostró V. en la Asamblea, supo V. tambien con-

servarla en los primeros pasos que dió V. en ella; así que, dejando la cháchara diaria con que se gana el aplauso del vulgo y la sonrisa del hombre de valer á esos oradores de relumbron, que solo son aptos para dejarse ver y solo ansían hacerse admirar, V., con su discurso acerca de la Hacienda, supo imponerse á todos, mereciendo la consideracion que reconoce y acredita el estudio y el talento en la persona que la obtiene.

Ahora bien, Sr. Pi y Margall: ¿cómo ha podido V., cediendo á la rutina que tan antipática parecia serle, prestar su cooperacion á los Sres. Suñer, Castelar y García Ruiz en los alardes de brutal impiedad á que se han entregado? Que esos infelices á quienes con su raquílica talla se ha infundido la ambicion de crecer cien codos, se figuren llegar á tal altura, repitiendo inconscientemente lo que han aprendido en modelos que, por serlo suyos, no pasan de su estatura, cosa es que se comprende sin ninguna violencia; pero que V., hombre de reflexion y de talento; V., que puede vivir y parece que ha respirado en otra atmósfera, no contento con hacerse editor, emulando á los Sres. García Ruiz y Suñer, de las caducas simplezas de Volney, de las escéntricas imaginations de Strauss, y de las blasfemias críticas y científicas de Renan, haya llevado á la tribuna española el génesis de Scherer y la apreciacion de Guérault, cosa es que, á pesar de lo que nos complace por el daño que á V., adversario nuestro, causa, nos inspira profunda compasion y estrañeza suma.

No pretendo yo ahora seguir á V. paso á paso en su discurso; pero me propongo examinar sus dos puntos cardinales. Á juicio de V., que es el de Scherer, Dios no es mas que una abstraccion, un producto de la razon del hombre que ha llegado á infundir vida y, por decirlo así, á materializar sus ideas. Por otra parte, mirando el lado práctico de las cosas, V. cree, siguiendo la opinion de Guérault, que el catolicismo ha perdido todo su prestigio en Europa y todo su influjo en las almas, como lo prueba lo que ha podido y puede hacerse contra él sin que los pueblos se conmuevan. Hay aquí, por tanto, dos cuestiones: una metafísica, y otra de historia, de hechos. Resolvámoslas, y sabremos á qué atenernos por lo que la razon y los hechos nos digan. Esperamos justificar para con V. lo que acabamos de decirle; esperamos dar á conocer al pueblo español lo que valen y lo que pueden producir las ideas revolucionarias en los pocos revolucionarios en quienes se halla algo mas que una impotencia radical, unida á una ambicion y á unos deseos satánicos.

II.

En primer lugar, obsérvese cómo se contradicen V. y todos los de su escuela, y cómo vienen á probar el dogma cuando trabajan por negarlo. Por una parte, como opuesta y contraria á la razon, niegan Vds. la existencia de Dios, y por otra nos dicen Vds. que Dios no es mas que una abstraccion, un producto de la razon del hombre, y que la razon siempre, en todos los pueblos, cualquiera que sea su grado de civilizacion ó su estado de barbarie, se fija en esa abstraccion, y corre, digámoslo así, tras la idea de Dios hasta que la da forma y la presta vida y atributos. Luego el dogma de la existencia de Dios, lejos de ser opuesto á la razon, arranca, en lo que

al hombre se refiere, de la razon misma; se impone á ella irresistiblemente; se evidencia por sí mismo en cuanto ella hace, y como se evidencia la vida en el cuerpo por la respiracion, por el funcionamiento, digámoslo así, de los órganos vitales. Sí; la razon del hombre que no ve, que no busca, al menos, á Dios, no existe, no es razon; es un cuerpo muerto, ó no tiene mas vida que la del animalismo instintivo.

En todos los pueblos, siempre la razon del hombre ha buscado á Dios; así lo reconocen Vds.; pero en seguida añaden que la razon ha hecho á Dios á su imágen; y que si, por mas ó menos tiempo, le ha reconocido y ha acatado en él los atributos que le concediera, hoy, que ha llegado á mayor grado de madurez, rompe el ídolo que ella misma formara, y se emancipa de semejante preocupacion. En todo esto no hay sino una verdad que prueba la verdad única que V. quieren negar, y un desconocimiento absoluto de lo que es la razon del hombre, y de lo que pasa en la vida de las sociedades.

¿Qué significa eso de decir que la razon, llegada hoy á su madurez, se separa de la idea de Dios? Cosa es esta que no se entiende, so pena de admitir que la razon del hombre de hoy, no es la razon del hombre de ayer; que, por ejemplo, la razon de Sócrates, comparada á la del oyente mas apasionado del Sr. Castelar, último término de comparacion, es lo que el mono al hombre para los que no ven en el hombre sino un mono que ha llegado á su madurez, un mono perfeccionado. Así se desconoce la razon y se la niega, de tal suerte y hasta tal punto, que admitido el hecho, dado que hoy la razon prescindiera de la idea de Dios por la que se ha señalado su esencia superior y su atributo supremo, podria afirmarse que el hombre, mono físicamente perfeccionado, retrogradaba moralmente hasta el tipo asqueroso de que saliera.

Hoy como antes, mañana y siempre como hoy, la razon del hombre busca á Dios, solo que hoy le encuentra y se la aparece perfectamente perceptible y sensible, desprendida de las nubes que antes la impedian la vision completa y que jamás le ha sido dado disipar por sí misma. V. y los de su escuela, que desconocen la esencia de las cosas, se ven obligados á confundir tambien sus consecuencias, y toman por una negacion que la razon no puede aceptar, que rechaza irresistiblemente, lo que solo es una rebelion á que la impulsa la complicitad de las pasiones. La razon que niega á Dios no le niega porque no le ve, sino, al contrario, porque cree y quiere hacer acto de independencia contra Él, justificando su rebelion con las negaciones. Jamás la razon ha podido negar lo que siempre ha ansiado descubrir; solo ha acudido á la negacion enfrente de la realidad; y por eso el ateismo moderno es pura y simplemente la blasfemia, el insulto á lo que es, á lo que existe, y que jamás se dirige á lo ideal, á lo imaginario.

Es verdad, por otra parte, que la razon, entregada á sí misma, se ha forjado dioses á su imágen, y eso prueba igualmente que jamás ha podido pasarse sin Dios, y que todo el linaje humano ha pensado con Arouet, que

Si Dieu n'existait point, il faudrait l'inventer;

pero nunca la razon por sí misma ha dejado de adorar á los dioses que se forjara; de tal modo, que los nombres

de los dos únicos ateos de la antigüedad nos son conocidos. Y es que si esos dioses no respondían por completo á su concepcion, satisfacían en cierta parte á su necesidad, y se prestaban cómodamente á su soberbia y á las pasiones del corazón.

Hé aquí por tanto lo que resulta de todos los ataques del racionalismo: por entre las contradicciones se descubre y se prueba la verdad; en la negacion de Dios aparece la existencia de Dios, y la misma negacion nos señala sus atributos.

Dios es Dios, Hacedor Supremo de todas las cosas y Señor de todas ellas. Uno en la sustancia, Trino en la esencia y la segunda Persona de la Santísima Trinidad, encarnó en las purísimas entrañas de María, vírgen en el parto, antes del parto y despues del parto, concebida sin la mancha del pecado original.

Eso buscó siempre la razon del hombre, incapaz de descubrirlo por sí misma, pero forzada á creerlo, por cuanto ella alcanza á comprender y reveládosele por el mismo Dios. Eso es lo que enalteciéndola inmensamente, le satisface plenamente, lo que le engrandece sin medida, ó, mejor dicho, en la medida en que ella se humilla. Vuestras negaciones lo atestiguan al país y con la misma fuerza que nuestras confesiones, y véalo V., Sr. Pi y Margall, y véalo V. por el espectáculo que España le ofrece: es tener en poco á la razon del hombre, y es degradar esa razon en uno mismo, el lanzarse en una negacion que afecta dignidad y solo es soberbia, que aparenta ciencia y no es sino ignorancia, y blasfemia é injuria contra lo que es fuente de toda ciencia y principio y fin de toda razon.

Vengamos ahora á la cuestion histórica.

III.

Si es V. inconsecuente, con todos los de su escuela, al decir que Dios no es mas que un producto de la razon del hombre, y á la vez que la razon rechaza la idea y la existencia de Dios, es V. lógico cuando afirma que el catolicismo ha perdido toda su fuerza y su influencia en los pueblos, pues nada mas natural que este resultado si se supone que el catolicismo es una de tantas creaciones é invenciones del hombre. Pero la lógica no supone la verdad, porque tambien tiene su lógica el error; sino que esa lógica solo conduce á demostrar el error que sostiene. Esto es precisamente lo que le ha sucedido á V. Partiendo del error, la lógica le ha hecho á V. tropezar con los hechos, y los hechos patentizan los errores en que V. vive y que tan tristemente sostiene.

«En Francia, ha dicho V., desde 1789, y aun antes, se ha perseguido y se ha atacado al catolicismo, y los pueblos lo han visto impasibles; lo mismo se ha hecho en Italia y en Austria, y lo mismo se ve y se está viendo en esos pueblos; aquí, en esta España, que se dice que es tan católica, se despojó á la Iglesia en 1820; se la volvió á despojar, degollando á sus ministros, en 1835; ahora mismo estamos legislando contra ella; y los pueblos en 1820, como en 1835, como ahora, se muestran indiferentes, ó poco menos. Luego el catolicismo ha decaído, se ha debilitado en los corazones.»

Cuando se oyen ó se leen tales cosas, no dichas ni escritas por alguno de esos gacetilleros convertidos en embajadores ó ministros, como los que hoy vemos, sino por

un hombre que alguna vez ha sabido hacerse escuchar, no sabe uno lo que le pasa, porque no puede esplicarse tamaña osadía sino por una invencible ignorancia. ¡V., señor Pi y Margall, habla de ciencias, de lo que ha visto, de lo que ha oído y de lo que ha reflexionado; V. se nos presenta como un regenerador de la sociedad, diciéndonos que conoce y ha estudiado todas sus necesidades, que ha sentido bajo su mano todas sus palpitaciones, y niega V. de ese modo el hecho mas sensible y mas visible; el que predomina en el mundo y determina hoy en uno ú otro sentido todos los acontecimientos!

Su maestro y modelo de V., Proudhon, no veía ciertamente las cosas de ese modo; él, para quien toda cuestion política y aun literaria era una cuestion teológica, y él, que, anticipándose á Quinet, proclamaba la necesidad de acabar con todos los católicos, para que el triunfo de la revolucion se asegurase plenamente en lo futuro. No hace un siglo, sino hace tres, se está atacando rudamente y persiguiendo con ahinco á la Iglesia, al catolicismo; pero ese mismo tiempo hace que Europa vive intranquila, y que sucesivamente las sociedades europeas pasan por crisis que afectan á su misma existencia, todo por la fuerza de los sentimientos católicos en los pueblos, y el espíritu resistente y salvador de la Iglesia en las instituciones.

Dice V., contrayéndome aquí á su cita: «En 1789, en Francia, se acabó con la Iglesia, y los pueblos no se conmovieron.» ¡De veras! ¿Pues qué fue la revolucion con todos sus horrores, y cómo ni la misma dictadura, á pesar de haberse hecho tan necesaria y de ser ella tan gloriosa, no pudo afirmarse hasta que dió satisfaccion á los sentimientos de los pueblos vencedores de la Constituyente, de la Convencion, de la guillotina, de las hogueras y ahogamientos del Terror, de las crueldades del Directorio? Y en 1848, como en 1789, ¿sobre qué bases se apoyó nuevamente la dictadura para comprimir la revolucion, sino sobre los sentimientos católicos? Y ahora mismo, ¿á qué responde el *jamás* de Rouher sino á esos sentimientos, ante los que siempre tiene que detenerse la política imperial?

En los demas pueblos de Europa, en cuantas cuestiones la traen hondamente perturbada y la mantienen terriblemente armada, los sentimientos católicos, la fuerza de la Iglesia, están sobre todo, y en rigor, para todos los pueblos; no hay mas cuestion que la católica, que resume tambien todas las cuestiones. La cuestion italiana, como la cuestion austriaca y alemana, es la cuestion católica; en la cuestion de Oriente, en doble sentido y por doble concepto, se halla la de la Iglesia; y esa es la de Rusia con Polonia, y esa tambien la de Inglaterra con Irlanda.

¡Ha hablado V. de España, de los sucesos del 20, y de los del 35, y de los de estos mismos días! Ha querido V. sin duda oponer á la fuerza de la verdad el exceso de la impudencia. Si en 1823 los 100,000 franceses del duque de Angulema llegaron entre vítores á Cádiz, fue solo debido á lo mucho que sus precursores de Vds. alarmaron los sentimientos católicos; esos mismos sentimientos dieron á Carlos V, además de su derecho, aquella fuerza que se sobrepuso á la de toda la revolucion europea que peleaba con Vds., dueños tambien del gobierno, por lo que es

de todos sabido, y que les hubiera á Vds. aniquilado sin la traicion de Vergara; esa fuerza que durante treinta y cinco años les contuvo á Vds. en sus atentados é impuso mas de una reparacion moral á la hipocresía de los moderados, ha mantenido tambien en todo ese período de desgracias, persecuciones y martirios á la comunión carlista, y ella hoy les sale á Vds. igualmente al encuentro, les postra con esfuerzo aparente, y les muestra el término que pronto han de tener sus atropellos y su reinado. El efecto que V. nos hace al hablarnos en el seno de esa Asamblea, teatro de tantas escenas violentas, en el seno de esa capital en que tal angustia reina, en el seno de ese pueblo tan terriblemente conmovido y agitado, de la impasibilidad con que se ve que se persigue y se ataca á la Iglesia, es el mismo efecto que nos produciria un hombre que en presencia de un cataclismo de la naturaleza, cuando todo se conmoviera en la tierra á impulsos del fuego subterráneo, y solo por los fulgores del rayo se descubriera el azul del horizonte, se pusiera á ponderarnos la tranquilidad del suelo y la apacibilidad de la atmósfera.

¡ Ah Sr. Pi y Margall ! ¿ Quiere V. saber qué es lo que los pueblos contemplan con impasibilidad, ó, mas bien, con gozo intenso, incomparable? No es que se persiga y se ataque á la Iglesia : es, al contrario, que se acabe con los perseguidores de la Iglesia, que se les reduzca á la impotencia. Cada ataque contra la Iglesia es una revolucion, y la revolucion no es otra cosa que una serie no interrumpida de luchas, de desastres ; la vida entre angustias siempre renovadas ; la muerte y la ruina de todas las familias. Pero llega el dia, y llega mas ó menos pronto, conforme la revolucion avanza mas ó menos, en que la sociedad necesita salvarse, y se salva por un esfuerzo supremo, y en el instante todo cambia : á la lucha reemplaza la tranquilidad en el mismo instante, y como un cambio de decoracion en el teatro ó un cambio atmosférico en las regiones tropicales. Todo el poder de los Césares, toda la crueldad de los apóstatas, toda la malicia y toda la maldad de los revolucionarios no han podido acabar con la Iglesia, ni reducir á los católicos, ni han conseguido sino fortalecerles y aumentar su número : para acabar en cambio con la revolucion y con esas instituciones y constituciones que los revolucionarios declaran indestructibles y eternas, bastan una voluntad firme y, permítame lo vulgar por lo exacto de la expresion, cuatro soldados y un cabo. Y mientras se persigue á los católicos y se ataca á la Iglesia, todo es terror y todo horrores, y la tranquilidad y la prosperidad renacen en cuanto se refrena á la revolucion y á los revolucionarios.

IV.

Concluyo aquí resumiendo en dos palabras el objeto de esta carta. Es el de probar á V. que la pasión de secta, al desconocer la verdad, degrada y aniquila la inteligencia, á la vez que pervierte los sentimientos. V. se figura enaltecer á la razon, y la separa del hombre ; se figura trabajar por la libertad, y está llamando á la dictadura. Por fortuna, si la dictadura es necesaria en España, gracias á V. y á otros *libertadores* por su estilo, el dictador, por ser el Rey legítimo, jamás podrá ser tirano.

A. J. DE VILDÓSOLA.

EL CATOLICISMO

Y LOS POLÍTICOS DE LA EUROPA MODERNA (1).

VI.

Iba á recoger ya Europa el fruto de tres siglos de útiles trabajos, cuando sonó para ella una hora desgraciada. Esa unidad tras la cual habia corrido durante un largo período de años, y que, gracias á la influencia del principio religioso, veia irse, bajo este punto de vista, realizando, recibió un golpe mortal en el momento en que á los gritos del soberbio Lutero principia á conmoverse Alemania, fascinada por la elocuente palabra del pretendido reformador. Nunca se podrá ponderar suficientemente el daño que causó á la civilizaci6n esta funestísima apostasía con los sucesos que fueron su consecuencia. Afanada Europa hasta entonces en encontrar la voz que uniese entre sí á los pueblos de contrarias tendencias; apenas repuesta de las inmensas fatigas que la hacen sufrir tantos siglos de honda perturbacion, y halagada ya con la perspectiva de una paz que, teniendo por base principios fundamentales unánimemente admitidos, fuese la mas sólida garantía de sus futuros felices destinos, debió ver deshojadas en un instante las flores de sus esperanzas, y muy nublado el horizonte de su porvenir social.

Que Europa en los tres siglos que preceden al xvi habia hecho grandes esfuerzos para centralizar, para generalizar y para unir ; que ese era entonces su vigoroso instinto, y que tal era su primera necesidad, no hay nadie que pueda desconocerlo. Luego todo principio que tendiese á separar y á individualizar, toda doctrina que introdujese elementos deletéreos en la composici6n tan admirablemente armoniosa de la sociedad, y toda máxima que fomentase en el hombre la poderosa tendencia que le domina á la emancipacion, tuvo que ser monstruosamente antisocial, esencialmente retrógrada y radicalmente impolítica. Así tenemos que el protestantismo, lejos de ser un adelanto político, una obra de progreso y un elemento de civilizaci6n, vino á ser la mas absurda y desastrosa revolucion que han visto los siglos. Porque hay revoluciones que no hacen sino detener el curso de la sociedad que va marchando por saludables caminos; pero el protestantismo, no solo detuvo el movimiento civilizador en Europa, sino que contra la obra iniciada por el catolicismo y fomentada por el trabajo de algunos siglos, levantó el destructor martillo del individualismo humano, elevado á la categoría de soberano árbitro y juez en la aceptacion de creencias.

No me cuesta gran trabajo explicar los errores de los hombres, y aun sus mas lamentables extravíos ; pero lo que mas estraño, lo que mas suelo admirar y sentir, son las inconsecuencias en las doctrinas y las falsificaciones en los hechos. El publicista M. Guizot, escritor de tan claro entendimiento y de tan fina lógica cuando discurre sin preocupaciones, ofrece el mas increíble ejemplo de inconsecuencia al considerar la Reforma protestante con relacion al progreso social. Ese escritor, que habia dicho, que habia celebrado, que habia enaltecido los elementos de civilizaci6n encerrados, segun su propio juicio, en

(1) Véase nuestro número anterior.

las tendencias y en los esfuerzos que se hacen, especialmente en los siglos xiv y xv, para llegar á la unidad, incurre luego en la deplorable inconsecuencia de entusiasmarse por la aparicion de la *Reforma* en el siglo xvi; aparicion que equivalia á oponer á la unidad la discordia, á la ley el individuo, á la Iglesia el simple fiel, y á la sociedad el puro hombre. Apenas podrian esplicarse tan grandes inconsecuencias si no supiésemos que no son los mejores lógicos los hombres de *partido*.

Desde ese triste suceso data una nueva era para la sociedad, ó, mejor dicho, allí principia la anti-sociedad y la anti-civilizacion, supuesto que las nuevas doctrinas proclamadas son el antítesis de las que hasta entonces habian dirigido y gobernado la sociedad como sus guías naturales. Así como en el órden científico el mayor trabajo que ha podido Dios imponer al hombre ha sido entregar el mundo á sus eternas disputas, del mismo modo la mayor calamidad que en el órden moral ha podido sobrevenir á las sociedades es ver entregados todos sus principios, sin exceptuar los fundamentales, á las discusiones del exámen privado, destituido de toda luz y autoridad que no le plazca libremente aceptar. Por manera que si la sociedad subsiste hoy, no es por el principio protestante, sino á pesar de ese principio y de sus consecuencias: si subsiste, no es por lo *nuevo* que se ha introducido, sino por lo *antiguo* que se conserva; y si no sucumbe, debido es á que los *nuevos* directores de la Europa, proclamando en teoría el libre-exámen como derecho inalienable ó ilegislable del hombre, incurren en la inconsecuencia de imponerle la autoridad á cada instante: la autoridad real, la autoridad ministerial, la autoridad gubernativa, la autoridad de la ley, la autoridad de las mayorías, la autoridad del elector, la autoridad del diputado, la autoridad de la riqueza, la autoridad de la cuna, la autoridad de la policía, y, lo que es mas notable, la *autoridad de la libertad*, que es la licencia. Repito que el liberalismo, de origen protestante, no puede gobernar sin ser, á toda hora y en todo caso, inconsecuente. Por los temidos golpes de *tantas autoridades*, y no por otro motivo, es por lo que tanto se invocan en cierta clase de gobiernos los derechos individuales que á cada paso se creen amenazados. Parece como que el individuo, ó el soberano ciudadano, conoce instintivamente que el poder, para llenar su pública mision, tiene necesidad de estarle siempre reprimiendo, ó amenazando. ¿Qué sociedades son esas donde á toda hora hay que pedir proteccion para la seguridad personal, como si esta garantía no fuese el primer dogma, digámoslo así, de todo sistema político y social bien organizado? Esas son las sociedades inconsecuentes, que prometen mucho y refrenan mucho; lo que equivale á no prometer ni conceder nada.

Habiéndose hecho revolucion social la que antes habia sido política, y primeramente religiosa, de ella hay que hacer descender todas las complicaciones revolucionarias en que con frecuencia se halla envuelta Europa desde el siglo xvi. No entiendo por revolucion únicamente las sangrientas catástrofes y el hundimiento de Tronos, sino tambien, y con mas especial razon, el aislamiento de las opiniones dentro del círculo individual, y sus consecuentes extravíos. Cuando veo que están las

cosas fuera de su propio lugar; cuando se traen, ó pueden traerse, á diaria discusion los principios mas sólidamente establecidos; cuando lo que existe se cree puede ser variado al arbitrio de tres hombres, entonces se vive en un estado propiamente revolucionario; es decir, en la incertidumbre, en la inseguridad, en las vacilaciones y en las ansiedades. Todos los derechos se suponen, por esta causa, amenazados, y todos los intereses, resentidos. Ni los derechos de dinastía, ni los derechos de cuna, ni las legitimidades de presente, ni las de tradicion, ni los intereses nuevos, ni los antiguos, ni los Tronos que ha levantado el reconocimiento nacional, ni los que ha improvisado para sus fines una revolucion, nada, absolutamente nada hay seguro y fijo, mientras para el gobierno de la sociedad no haya principios inconcusos donde no pueda introducirse el escalpelo de las individuales opiniones humanas. Con apariencias de paz y de progreso, no habrá mas que situaciones revolucionarias allí donde no haya respeto para la antigüedad, ni sumision á las verdades que son de suyo fundamentales, ni proteccion para los intereses legítimos. Todas las instituciones que se proclamen y juren bajo la influencia de situaciones de este género, no tendrán mas raices que las que puedan estenderse por la superficie de la sociedad. El mas ligero viento arrebatará la tierra que las cubre, y quedarán espuestas á los golpes de la mano del hombre, y á los rigores, así del ardiente calor como del secante frio.

No me parece que hay necesidad de grandes esfuerzos de ingenio para probar que al protestantismo es debida la situacion verdaderamente revolucionaria de la Europa moderna. Por las indicaciones que dejo ya hechas se vendrá en conocimiento de la íntima relacion que existe entre principios y principios, y entre sucesos y sucesos; y habrá de ser hombre de muy cortos alcances quien no vea dominada por el espíritu del protestantismo toda la época que principia á mitad del siglo xvi y llega hasta nuestros dias. El método de *duda*, en filosofía; la escuela anticlásica, en literatura; el espíritu exageradamente analítico, en ciencias; el exámen parlamentario, en política; el regalismo, el jansenismo y aun el galicanismo, en religion, y las pretensiones de omnímada igualdad y libertad, en el terreno social, todo, si bien se medita, ó debe al espíritu protestante su origen, ó le debe su incremento, ó le es deudor de su malicia y de su torcido curso. Porque hay que tener muy presente que aun cuando no todas las enfermedades sean hijas de la influencia atmosférica, todas toman su carácter, ó participan de su maligno espíritu. Las mismas cuestiones que en otros tiempos se sostenian sin consecuencias funestas, relativamente á los límites, por ejemplo, de la autoridad espiritual ó eclesiástica, suscitadas despues en épocas en que el espíritu protestante todo lo habia invadido, se han trasformado en cuestiones de abierta y sistemática hostilidad á los divinos derechos de la Iglesia; de la misma manera que las cuestiones suscitadas hace tres, ó menos, siglos respecto de la monarquía ó de los Reyes, ó de cualquiera poder, traidas ahora al palenque de la discusion ó de la práctica, toman el carácter democrático de los presentes tiempos. Este es el mal gravísimo que ofrece la *discusion* en los dias en

que vivimos; pues hijo esé que se llama *derecho* de la soberanía de la razón, proclamada por la *Reforma* protestante como principio fundamental, y después de muchos años de influencia por parte de ese principio, las cuestiones importantes, mas ó menos, pero todas y siempre toman el carácter de sistemática oposición á cualquiera idea de *autoridad*, ora en el orden civil, ora en el político, así en el social como en el religioso. De un modo ó de otro, por este ó por aquel camino, directa ó indirectamente, á este peligroso terreno es á donde vienen á agitarse en último término, no solo las cuestiones de gobierno y de alta administración, sino hasta las mas pequeñas y menos importantes.

Y téngase entendido que donde mas natural y principalmente se manifiesta ese espíritu que yo llamo *protestante*, es en todo cuanto se refiere á la *autoridad*, bien considerada como derecho, bien reducida al círculo de su ejercicio. Allí donde veais que se trata de la *autoridad*, allí vereis al protestantismo, con disfraz ó sin él, tomando parte en la discusión; y como la *autoridad* es la sociedad, el protestantismo amenaza á esta haciendo guerra á aquella.

VII.

Si la actual época es anárquica porque vive del espíritu protestante, se infiere que no podrán crearse en ella situaciones de orden sin la franca aceptación del principio católico. Esta es una verdad que convendría mucho fuese admitida por todos como primera máxima política y como primer axioma social. Todo lo que no sea partir desde aquí al tratar de restablecer el orden sobre sólidas bases; todo lo que no sea levantar el principio de autoridad, por la convicción y por el deber, mejor que por la fuerza; todo lo que no sea sacar al hombre del estrecho círculo de su individualidad, y ponerle en armonía con la razón social, que es el producto de las verdades que por nadie y por nada pueden traerse á la ardiente arena de las diarias controversias, es fundar un edificio sobre débiles cañas, que el menor viento arrebatara. Lejos estoy de presumir que se halle próxima la época en que los principios políticos reconozcan al catolicismo como primera luz para dirigir la sociedad; sin embargo, confío mucho en el tiempo, y en la influencia, cada vez mayor, que han de ejercer en las ideas los desengaños y los peligros. En el orden moral son muy lentas las transiciones, pero no dejan por esto de ser infalibles.

¿Qué le resta ya que ser hoy á la sociedad? ¿Qué quiere ser que ya no lo haya sido? ¿Qué caminos nuevos aspira á recorrer que antes no haya funestamente ensayado? Por otra parte, ¿puede prolongarse y aceptarse como situación segura esta en que vive ahora la Europa, situación de dudas y vacilaciones, situación de inconsecuencias y de conflictos, situación de luchas y rebeliones, situación en que dos hombres no se entienden, ni dos intereses se concilian? Según mi modo de ver, es insostenible semejante orden de cosas; y es ya tiempo de que los hombres pensadores se ocupen en preparar los elementos que constituyen la esperanza y la vida del porvenir. Si por un lado tenemos el *glorioso pasado* de las monarquías católicas, y por otro no podemos vivir con el *triste presente* de los *sistemas de ahora*, claro está que tenemos ya marcado el camino que conduce á

la satisfactoria solución de la crisis general en que se encuentran los gobiernos. Ó seguir como nos encontramos, y esto es triste, ó seguir de mal en peor, y esto es tristísimo, ó volver á los principios que hicieron tan fecunda á la sociedad antigua, y esto es lo verdaderamente consolador. Ni caben otras combinaciones, ni se alcanzan otras amalgamas. Ó lo presente, ó lo pasado: lo presente con sus continuos vaivenes, y lo pasado con sus pacíficos progresos.

No se crea que abogo por la insensata destrucción de todo cuanto no represente hoy fielmente los principios y los intereses que vengo defendiendo; no: lo que deseo y lo que miraría como el origen del mas fecundo progreso social, es que, admitida desde luego como primer regulador la influencia católica, vayan sufriendo oportunas modificaciones los principios que á ella se oponen, hasta dejar desvirtuados y muertos los elementos desorganizadores que de esos mismos principios se desprenden. Tal es la misión que tiene hoy el catolicismo en su destino eminentemente práctico y civilizador.

Lo primero que al catolicismo le incumbe hacer es proclamar el principio de autoridad. No hablo, y hago esta declaración para que no se asusten algunos de mis lectores; no hablo de proclamar ese principio con las que se llaman exageradas pretensiones de dominación y exclusivismo, sino de habituar al hombre á la sumisión, haciéndole obediente primero á la autoridad religiosa, y enseñándole así á mirar sobre su propia razón un juez ó un criterio mas seguro que esta. El catolicismo no destruye, por lo general, de un golpe estrepitoso las ideas que se propone modificar. Una de las cosas que mas se oponen á su caritativo espíritu, es la esclavitud; y sin embargo, no la condenó directamente, ni acabó con ella de un martillazo. Lo que hizo Jesucristo fue establecer el principio; es decir, proclamar el deber de la caridad y de la fraternidad, y por este camino hemos llegado á la abolición de la esclavitud. Pues de la misma manera ha obrado antes, y tendrá otra vez que obrar la Iglesia respecto de las ideas que ha tratado de dirigir ó de rectificar. Nunca dirá al hombre: *Destruye el parlamentarismo; ama la monarquía; acaba á metrallazos con la república*; pero establecerá el derecho de mandar en los unos, y el deber de obedecer en los otros; recomendará la caridad en el mando, á aquellos, y la resignación en la obediencia, á estos; enseñará á todos á someter á la ley sus propias exigencias, á someter á la ley divina las leyes humanas, y á someter á las leyes humanas sus peculiares juicios; y hé aquí cómo proclamando el deber del sacrificio y de la sumisión, logrará, según he indicado antes, realzar, aunque sea lentamente, el principio de autoridad, y hacer habitual y meritoria la obediencia. Porque no hay que cansarse en buscar en otra parte el origen de las públicas desventuras. El lazo que unía á los súbditos y al poder, está roto: no hay concordia entre ambos, sino antagonismo; no hay relaciones pacíficas, sino hostiles.

Y entiéndase bien cómo quiero se ejerza el principio de autoridad. Nada de despotismo, nada de arbitrariedad, nada de injusticia. Sin la caridad tendrá que ser una de esas tres cosas, ó las tres á un tiempo, el sistema de gobierno, que se funde sobre la preponderancia de

aquel principio; y lo mismo destruyen ese principio las exageraciones del que le representa, como las resistencias del que le combate. Pido, en una palabra, la *monarquía cristiana*; ó, lo que es lo mismo, el principio de autoridad, aplicado y desenvuelto según el espíritu católico: quiero Reyes que practiquen con severidad la Religión, y hagan que la practiquen cuantos les rodean.

No encuentro hoy realizable otro proyecto, ni libre de vaivenes cualquiera otro sistema. Temo la monarquía que no sea prácticamente cristiana; y temo aun más la revolución. Un sistema político de gobierno es una especie de natural y necesaria transacción; y digo *natural* y *necesaria*, para ponerme muy distante de Rousseau, que le llama *voluntario contrato*; y todavía más que transacción, es un natural sistema de compensaciones. El que recibe, tiene que dar; el que da, tiene que recibir. El monarca recibe poder, autoridad y fuerza, y tiene que dar seguridad y vida á toda una nación. El pueblo da su dinero, sus respetos y su vida, y recibe vida, respetos y dinero. Es admirable esta compensación. El pueblo se personifica en un hombre, y este hombre se multiplica ó universaliza en un pueblo. Uno á otro se dan á porfía lo que respectivamente reciben. El Rey se hace pueblo, y con esto el pueblo se hace Rey. El pueblo se sacrifica por el Rey, y el Rey se sacrifica por el pueblo. Hé aquí la teoría de la monarquía en su significación paternal; y la teoría de la obediencia en su significación noble y provechosa. Pues bien: la monarquía, tal como la dejó explicada y como la necesita la misma libertad de Europa, es irrealizable sin la influencia católica. Sin esta influencia el monarca vivirá siempre sometido á la tentación de abusar, y el pueblo á la de rebelarse.

Por lo que acabo de decir se conocerá que descansa sobre el sacrificio el sistema de compensaciones que se llama *sistema de gobierno*; y desde el momento en que sea rechazada la idea del sacrificio; desde el momento en que sea combatida; desde el momento en que la idea opuesta sea aceptada, hácese imposible establecer cualquier sistema político que pueda dar resultados provechosos. Dadme un monarca que no acepte la idea y la necesidad del *propio sacrificio*, y «tomará vuestros hijos y los pondrá en sus carros, y los hará sus guardias de á caballo, y que corran delante de sus coches. Y los hará sus tribunos y centuriones, y labradores de sus campos, y segadores de sus mieses, y que fabriquen sus armas y sus carros. Hará también á vuestras hijas sus perfumeras, sus cocineras y panaderas. Tomará asimismo lo mejor de vuestros campos, y viñas, y olivares, y lo dará á sus siervos. Y diezmará vuestras mieses y los esquilmos de las viñas, para darlo á sus eunucos y criados. Tomará también vuestros siervos, y siervas, y mozos más robustos, y vuestros asnos, y los aplicará á su labor. Diezmará asimismo vuestros rebaños, y vosotros sereis sus siervos... (1).» Como que el monarca está revestido de tan alto poder, sus excesos suelen ser monstruosos, en el caso de no acatar la ley de Dios. Los aduladores y malos consejeros que hacen se mueva fuera del recto camino esa máquina de tanta fuerza, son merecedores de la maldición pública y de los más grandes castigos.

(1) Libro I de los Reyes, cap. III.

Perdiendo al Rey, pierden á los pueblos, sobre quienes con frecuencia envía el cielo inauditas calamidades, á causa de los pecados de sus monarcas.

No se dirá, pues, que abogo por el despotismo; y aun podrá decirse menos al leer lo que todavía me resta que añadir.

(Se continuará.)

JUAN GONZALEZ, *dignidad de chantre*.

ESTUDIOS ECONOMICO-SOCIALES,

POR EL P. D.

La economía política y el catolicismo.

II.

La economía fue creada, en la segunda mitad del siglo XVIII, por Quesnay. El materialismo hervía entonces en Europa; al culto del Dios Criador del cielo y de la tierra había sucedido el culto entusiasta de la Naturaleza, última consecuencia de la frenética preocupación del Renacimiento por el naturalismo de Grecia y Roma. La Naturaleza divinizada debía, á lo que parece, tratar con liberalidad al hombre, su obra maestra y su devoto adorador. Sin embargo, continuaba teniendo mucha *parsimonia*, según palabras de Proudhon. A la cuenta, el hombre se equivocaba respecto de las intenciones de la Naturaleza, y todos sus males eran causados por la ignorancia de los modos de que la Naturaleza se sirve para responder á los deseos de sus hijos.

Desde este punto quedó ya señalada la *mision* de las inteligencias cultas y prácticas; es á saber: la investigación de la *naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*, y consiguientemente, de los medios de adquirir la riqueza y de gozar en abundancia de los favores de la naturaleza, lo cual fue el gran problema que debía resolver aquel sapientísimo siglo. Los filósofos que á semejantes tareas se dedicaron, recibieron el nombre de ECONOMISTAS.

Formáronse dos escuelas. La escuela inglesa, fundada por Adam Smith, cuyo más célebre representante en Francia fue Rossi, se distingue y caracteriza por la estrechez sistemática y perseverante de su concepción. La *riqueza* es el único fin de su estudio: producir muchos valores, producirlos pronto y á poco precio, y después de haberlos producido, hacerlos circular ventajosamente: hé aquí todo el objeto de semejante economía. Si sus leyes inexorables chocan contra las leyes de la moral, de la política, de la Religión, ¿qué hemos de hacerle? Cada uno procurará elegir lo que más le convenga; pero la economía, como ciencia, sin curarse para nada de las otras ciencias, sus hermanas, va derecha á su objeto, esto es, á la producción, distribución y consumo de la riqueza. Ante deducciones tan crueles, el hombre no es más que una máquina animada cuando produce, y un miserable receptáculo cuando consume.

Convenimos en que es útil en economía hacer algunas veces abstracción del hombre, y considerar solamente las cosas; pero tal abstracción debe durar poco, si no ha de ser fatal.

Fatal, moralmente hablando. El economista, en fuer-

za de prescindir del hombre en sus elucubraciones, concluye por prescindir de él en realidad. Atento tan solo á su objeto, sacrifica teóricamente al trabajador en aras de la riqueza, y viene en seguida el capitalista y practica aquella teoría.

Fatal hasta bajo el punto de vista científico. ¿Qué es la riqueza? El objeto material al que presta una utilidad determinada el trabajo del hombre. Pero la utilidad está en relacion con el uso, el uso con el deseo, el deseo con las necesidades y las pasiones, las necesidades y las pasiones con la naturaleza completa, física y moral del hombre, con su grado de ciencia y de virtud, y con las relaciones que existen entre los individuos y las sociedades.

La economía social, según la escuela inglesa, no es, pues, mas que un fragmento de ciencia, una brevísima coleccion de algunos aforismos secundarios sobre las consecuencias materiales del trabajo humano. ¿Acaso un armero perfectamente enterado en la fabricacion, la importancia, las ventajas y los inconvenientes de las armas todas, posee la ciencia militar?

La escuela francesa cae en el extremo opuesto. Para Quesnay y sus discípulos, la economía es la ciencia universal. Partiendo del principio de que el destino humano no pasa mas allá de la tierra, y por tanto que el cuidado único del hombre debe ser conseguir el mayor bienestar posible, consideraban el bienestar material como objeto esencial de la actividad humana, colocando en primer término á la ciencia que á tal fin conducía. El razonamiento era exacto. Volviendo Mammon á ser dios, la primera de las ciencias es sin duda la teología del genio, de la fortuna: la economía.

Los economistas franceses no se aíslan: usurpan. Subordinan á una ciencia esencialmente secundaria, como los bienes materiales de que trata, las ciencias superiores de la Religion, de la moral, de la política. Sustituyen la luz de la mas noble parte del ser humano con la lámpara que ellos encienden para hacer brillar los objetos materiales destinados á nuestro cuerpo.

Seria á la verdad injusto considerarlos á todos como apóstoles voluntarios del materialismo práctico. No: á cada instante surgen en ellos los buenos instintos del corazón, la lealtad de las intenciones, los indelebles recuerdos de una educación cristiana; y aun frecuentemente una resolución meditada conduce á la mayor parte de ellos á tener en cuenta los derechos del alma en el estudio que hacen de los bienes destinados al cuerpo. Reconocen la soberanía de la justicia aun en el orden económico, y solo algunos fanáticos pugnan por rechazar la caridad.

Sin embargo, cometen abusos, y sus enseñanzas tienden sin género de duda á estraviar al linaje humano.

De acuerdo con los políticos incrédulos, sueñan una sociedad puramente humana, cuyo único norte y guía sea la razón, y cuyo motor sea la libertad individual ó centralizada en la asociación. Esto, en el fondo, es decretar la caducidad de Dios. Pero Dios no abdica, y ninguna revolución puede derribar su Trono eterno. Diez y ocho siglos há, la ciencia antigua decía por boca de Ciceron: *La primera sociedad de los hombres es la sociedad con Dios*. Dios, habiendo dado á los hombres la ad-

mirable prerrogativa de poder conocerle, oírle, amarle, obedecerle, no aprueba, no puede aprobar esa sociedad de la que brutal ó respetuosamente se le arroja.

El orden económico, aunque secundario en sí mismo, es parte integrante del destino total del hombre. Por consecuencia, tiene su regla en la voluntad suprema que ha determinado las condiciones de este destino; por consecuencia, debe recibir sus leyes fundamentales del soberano Legislador; y si el soberano Legislador ha hablado, debe escuchar esta palabra y conformarse á ella, so pena de rebelarse locamente y merecer un castigo inevitable.

Esto comienzan á demostrar los economistas católicos, un poco tarde por desgracia, y cuando ya la economía atea ó vagamente espiritualista ha hecho innumerables prosélitos. Esta demostracion debe cuanto antes propagarse y popularizarse. Si la Religion católica fuese invencion humana, podría pensarse que sus enseñanzas no tienen nada que ver y que purificar en los temibles problemas de la economía en el siglo XIX: si, al contrario, es la manifestacion de Dios, la Religion católica debe prestar al humano linaje las luces necesarias para orientarle en todos sus caminos, sin exceptuar el de la producción y distribución de los frutos del trabajo material.

Ya lo hemos dicho: se hace actualmente un esfuerzo gigantesco para ahogar al cristianismo, aislándole en el templo, en torno del cual debe levantarse una muralla de circunvalacion para neutralizar completamente su influencia en las cosas humanas. Este esfuerzo parte de la francmasonería, vasta asociación cuyo objeto evidente es unir á los hombres entre sí con un lazo puramente humano, y organizar la fraternidad, si no contra el Padre que está en los cielos, á lo menos fuera de la Religion universal, revelada y fundada por Él. Y los francmasones ordinarios no son otra cosa mas que los girondinos del anticristianismo, que desaparecerán de la escena en cuanto reinen los socialistas, cuyo advenimiento preparan ciegamente.

«Sé católico, dicen al hombre de fe, si tu conciencia ó tus costumbres te mueven á serlo; pero no lo seas mas que en tu habitacion ó en el templo. Miembro de una sociedad esencialmente tolerante (es decir, esencialmente desdeñosa de lo verdadero en materias de religion), prescinde de tus místicas creencias cuando penetres en la region de la ciencia ó de los negocios. ¿No es estravagante fanatismo ó candidez estraña hablar hoy de ciencia católica, de política católica, de economía católica? Tu mismo Cristo, ¿no ha declarado terminantemente que su reino no es de este mundo? No confundas tú lo que Él ha separado, la sociedad presente y la sociedad futura: pide á la Religion la felicidad celestial que te promete, pero no exijas sino de la sabiduría humana el bienestar terreno que solo esta proporciona.»

Hé aquí los consejos que se dan con insistencia á los católicos. ¡Por la honra de sus creencias y por la salvacion de la sociedad, desoigan y rechacen semejantes consejos! El Hombre-Dios no ha usado de ese lenguaje, que le presta un ridículo juego de palabras. Ciertamente, su reino no tiene su fundamento en la tierra, porque Dios mismo ha hecho al Mesías dueño de la tierra y de los cielos por toda la eternidad. Así lo declara en el Calvario en el ins-

tante en que va á tomar posesion de un trono sangriento que no se derrumbará jamás (1). Ha *DISTINGUIDO*, sí, pero no ha *separado* el órden espiritual ó religioso del órden civil ó terreno. Pero la sociedad universal, la Iglesia católica ha sido fundada en la tierra, vive en la tierra, obra en la tierra, y está mezclada en todas las cosas de la tierra.

Segun confiesa todo el mundo, el catolicismo, desde la predicacion apostólica, no se ha limitado á establecer un *culto* de formas nuevas y elevadas: ha ejercido ademas una influencia notable en todos los hechos del órden humano, y ha engendrado un nuevo estado social, cuyo nombre es la *civilización cristiana*. Hay, pues, en sus principios, en sus instituciones, en sus obras, en su influencia, soluciones para los problemas del órden temporal. ¡Y qué! ¿Se habrá secado tal vez, despues de diez y ocho siglos, la fuente de tantos beneficios de que gozan hoy las naciones, sin curarse gran cosa de dar gracias á su Bienhechor?

¡Cosa particular! Los mas osados y menos cristianos utopistas tratan, por medio de pérfidas interpretaciones, de apoyar sus delirios en el Evangelio, ¡y aun habrá cristianos que piensen que, salvo lo puramente religioso, nada tienen que aprender en el Evangelio! Mientras Allan Kardec y Proudhon interpretan á su modo la palabra divina, hombres que se rien de sus extravagantes sistemas, que adoran al Dios del Evangelio, que sienten hácia la doctrina católica la veneracion mas profunda, se imaginan quizás que el Evangelio es solo un libro de devocion.

Pero ¿es esto decir, que la Biblia y la Iglesia, su guardian y su intérprete, dispensan á la inteligencia humana de toda investigacion y de todo trabajo? No, seguramente. La Iglesia no ofrece al hombre, de parte de Dios, mas que una sola ciencia completamente edificada: la ciencia religiosa. A las demas ciencias, las provee solo de *principios generales*, mas ó menos numerosos, mas ó menos precisos, segun estas ciencias son mas ó menos correlativas con la ciencia de la salvacion. Pues bien: las ciencias que mas se rozan con la ciencia de la salvacion son las ciencias morales, las directoras de los esfuerzos voluntarios del hombre, de las decisiones de su libertad, las moderadoras de sus instintos, de sus afectos y de sus pasiones. Sin duda ninguna, la doctrina católica debe proveer de abundantísimas luces á tales ciencias.

Constituir la economía: tal es lo que especialmente debe hacer nuestra época. Y en verdad, la tarea no podria ser mas noble, porque no puede ser mas bienhechora. Todo progreso verdadero en este sentido debe manifestarse por medio de una mejora en la condicion de los pequeños, y de un triunfo sobre la miseria en que hoy gimen todavía tantos millones de hombres. Las sociedades, á pesar de su jactancia de irreligion, no se sienten bien, por cierto, lejos de Dios y de su Cristo, y quieren sinceramente aliviar el dolor de los que sufren. Véese cada dia crecer el número de los hombres generosos que emplean sus fuerzas en asistir á los desgraciados, y su inteligencia en escogitar medios para combatir á la desgracia. ¿Por qué tanta generosidad, tanta abnegacion, tantos

atanes no dan mas fruto que doradas é ingeniosas ilusiones? *Si el Señor no edificare la casa, en vano trabajarán los que la edifican* (1).

Dios no es ni una abstraccion majestuosa, ni un poder dormido: Dios es el Padre de los hombres, el Dueño de la naturaleza, en todas partes presente, en todas partes activo. Trabajar en bien de nuestros prójimos es una obra bendita; pero, para trabajar con éxito, nuestra inesperienza y nuestra debilidad han menester de las enseñanzas y de la direccion del Padre de familias.

Hé aquí lo que nos proponemos explicar.

Á los católicos á quienes la buena voluntad no basta para saber cuál es el camino directo, útil y oportuno; á los que el desaliento embarga, en vista de los triunfos de la impiedad; á los que esperan para obrar tiempos mejores, sin considerar que su valor precisamente y su energía pueden, con la ayuda de Dios, traer esos tiempos; á los católicos que, como saben muy bien, no serian mas que sepulcros blanqueados si no practicasen la caridad, este amor santo cuya espresion accidental es la limosna, pero cuya esencia es la voluntad de ser útil á todos sus hermanos, á todos queremos mostrarles cuán estable, profundo y estenso es el bien que pueden hacer aplicando los principios de su fe á los negocios de este bajo mundo. Á esos hermanos estraviados ó distraídos que ven en la Iglesia católica una enemiga del bienestar popular, queremos hacerles comprender que, por una necesidad inevitable, toda disminucion de la influencia de la Iglesia en el órden económico se nota dolorosamente en el escesivo aumento de riqueza en algunos, y de profunda miseria en el mayor número, mientras llega la última consecuencia; esto es, volver á la barbarie bajo el imperio del socialismo triunfante. Á esos servidores del pueblo, con harta frecuencia tambien desalentados y espantados, deseamos indicarles los medios eficaces para llegar al fin, basando sus construcciones, ingeniosamente concebidas á veces, sobre la inmóvil roca que desafía todas las tempestades.

Este estudio acerca de la economía á la luz de los principios católicos, hubiera parecido en otro tiempo una empresa estraña.

La rutina científica trataba á la economía de sueño científico, y mas de un teólogo, participando algo de este injusto desden, abandonaba á la incredulidad un medio de incalculable trascendencia.

«Uno de los males de nuestra época, escribia no há muchos años cierto distinguidísimo profesor de la ilustre Universidad de Lovaina, es el desden con que las clases elevadas miran la economía política; la ignorancia lastimosa de que hacen alarde cuando se trata de investigar y profundizar las leyes que rigen el desarrollo de la vida material de los pueblos. La economía política es una ciencia hermosa y noble que escudriña los resortes del mecanismo social, y las funciones de los agentes que forman esos cuerpos vivos y maravillosos que constituyen las sociedades humanas. ¡Cuántas preocupaciones desaparecerian, cuántas desgracias se evitarian, qué de doctrinas anárquicas serian ahogadas en su nacimiento, si todos los que se interesan por el órden social supiesen

(1) Joan., XVIII, 36.

(1) Salmo cxvi, 1.

esponer y justificar las leyes inmutables que dirigen la creacion y la distribucion de la riqueza! Hay, sin duda ninguna, economistas que han hecho traicion á la ciencia, que han desconocido á veces las leyes eternas del orden moral, que han olvidado que las naciones *no viven solo de pan*; pero ¿de qué ciencia no ha abusado el hombre? ¿Hemos de negar la historia, la filosofía, las ciencias naturales porque este ó el otro intérprete invoca contra la verdad religiosa descubrimientos que, mejor comprendidos, confirman punto por punto la enseñanza de la Iglesia católica? Sucederá con la economía política lo que con la geología: esta corrobora el relato de Moisés; aquella probará que, aun desde el punto de vista exclusivamente humano, el *Decálogo* es la suprema ley, y demostrará que ha tenido razon Montesquieu al decir: «La Religión cristiana, que parece tener solo por objeto la felicidad de la otra vida, labra tambien la dicha presente.» Demas, que si ha habido economistas propagadores del sensualismo que han dicho que el destino del hombre consiste en multiplicar sus necesidades y sus goces, los hay tambien que, poniendo las verdades religiosas á la altura que les corresponde, no han dejado nunca de subordinar el progreso material al progreso moral. Esta última categoría es mas numerosa de lo que se cree, y cada dia llegan nuevos soldados á engrosar sus filas (1).»

Hoy, las relaciones que unen á la economía con la ciencia divina y los hechos que engranan con el hecho universal del gobierno de la creacion por el Creador, son comprendidos ya por los entendimientos mas elevados y presentidos por los otros. En una palabra: la economía católica no está por crear, sino por desarrollar y propagar. Fundada, puede decirse, por los Sres. de Coux y de Villeneuve-Bargemont; practicada, encarnada en hechos numerosos por hombres de fe, entre los cuales figuran en primer término los Sres. Melun, en Francia, y Ducpétiaux, en Bélgica, esta economía se enseña con éxito en la Universidad católica libre de Lovaina, se propaga en Francia por medio de la *Revista de economía cristiana*, y crece, en fin, y se dilata, merced á los esfuerzos de un grupo, demasiado pequeño todavia, pero docto y animoso, de publicistas y eruditos, unos completamente dóciles á la enseñanza de la Iglesia, otros impregnados en sus doctrinas ó vencidos por la evidencia de sus beneficios. Puede formarse una idea del progreso que hemos alcanzado en este sentido leyendo el extracto de las discusiones de la *Asamblea general de católicos* en Bélgica. (2.^a seccion, *Economía cristiana*.) Publicistas numerosos, industriales, sacerdotes y religiosos, han dado allí pruebas de grandes conocimientos económicos y de un sentido práctico notable.

Sébase, en fin, á pesar de ser ligeramente acusado alguna vez de inmovilidad y de desprecio respecto del movimiento intelectual de la época, que el clero no permanece ajeno á este movimiento. Sin hablar de los ya antiguos trabajos del Sr. Martinet y de la obra mas reciente del Sr. Corbières, ambos presbíteros; sin mencionar los profundos estudios á que se entregan, segun sabemos, varios profesores de grandes Seminarios, vemos en el *Extracto oficial de los cursos de la Sorbona* que du-

rante el año 1865-66 el Sr. Hugonin, presbítero, ha estudiado al hombre «en sus relaciones morales y sociales, lo cual le ha conducido á tratar de la propiedad y de la sociedad, es decir, de la economía.» Al mismo tiempo el presbítero Sr. Bourret hacia notar «los saludables efectos de la Religión cristiana en la organizacion del impuesto, de la enseñanza y de la beneficencia, y en los progresos de la agricultura y de la salubridad pública.» En fin, el eminente autor del *Conocimiento del alma* explicaba los pensamientos siguientes:

«Si el género humano permanece en la fe cristiana, verá desarrollarse y estenderse en todos sentidos el conocimiento científico de lo verdadero, que, unido al vigor moral que da por sí el cristianismo, introduciria poco á poco en todas las naciones la verdadera y fecunda libertad; porque así como el conocimiento científico de las fuerzas de la naturaleza pone al hombre en libertad respecto de estas mismas fuerzas que en otro tiempo nos dominaban y hoy son nuestras siervas, así el conocimiento científico de las fuerzas morales y sociales dentro de la vida cristiana hará al hombre libre del hombre mismo. Este es el modo de que los hombres cesen poco á poco de dominarse entre sí, y de que vayan siendo los unos para los otros, no cargas ni obstáculos, sino fuerzas y apoyos mutuos. Entonces las verdaderas leyes sociales serán manifiestamente informadas en las fórmulas evangélicas, que son las leyes eternas y universales de la vida. Entonces tambien se comprenderán mejor estas palabras de Bastiat: «Imposible es creer que un simple mortal haya tenido nunca un conocimiento tan profundo de la humanidad y de las fuerzas que la rigen, como el que se manifiesta en el Evangelio.»

Por último, ante el imponente auditorio de Nuestra Señora de Paris, el P. Félix, desenmascarando la economía anticristiana, ha demostrado magníficamente la necesidad de otra economía que proceda de lo alto, y produzca, á la vez que el reinado de la justicia, todo el bienestar social compatible con el estado de prueba en que el hombre vive aquí en la tierra; y aun mas recientemente un miembro distinguido de la sabia y modestísima Compañía de San Sulpicio ha dado públicamente en su bello libro *El Catolicismo considerado en sus relaciones con la sociedad*, una brillante respuesta á los que acusan á la teología de ignorar el movimiento del siglo.

REVISTA DE LA SEMANA.

Nuestros constituyentes llevan ya ocho sesiones, á lo menos, discutiendo sin cansarse acerca de cuál sea la forma de gobierno que mas cuadre al liberalismo que nos rige. Las opiniones son dos: unos, los llamados *monárquicos*, quieren que el futuro jefe del poder ejecutivo se llame *Rey*, y use corona rematando en gorro frigio; y otros, los republicanos, quieren que se llame *presidente de la república*, y se contente con solo el gorro para adorno de su cabeza. Así las cosas, la diferencia á primera vista parece pequeña; pero ahondemos un poco. Los que quieren Rey, dicen á sus contrarios: «Vosotros tenéis razon; la república es la aspiracion de todos los pueblos libres; hácia ella camina Europa, y tambien nos-

(1) Thonissen: *El socialismo desde la antigüedad*, tomo II, pág. 344.

otros; pero todavía no estamos bastante preparados; tengamos por ahora un monarca hereditario.» Y los republicanos responden: «Si lo mas perfecto es la república, ¿á qué detenernos en la monarquía? Y además, si creéis que en plazo mas ó menos próximo hemos de establecer la república, ¿por qué quereis traer un monarca hereditario? Es decir, según vosotros, que el monarca que traigais vendrá con la condicion de ser destronado él ó su hijo cuando se os antoje que ya estamos suficientemente preparados para la república; es decir que preparais deliberadamente otra revolucion para pasar de la monarquía á esa otra forma de gobierno. Pues por lo menos, para evitar eso, ya que quereis monarquía, hacedla electiva.»

Y es lo cierto que los republicanos son mas lógicos, y sobre todo menos crueles; porque crueldad es, y no pequeña, el nombrar un Rey y decirle que trasmirá á sus hijos la Corona, pero... sin perjuicio de que se le haga dejar el puesto el dia que el pueblo se crea bastante ilustrado para pasar sin Rey. Y como es posible que el futuro monarca, cuando le digan que se marche, no aprecie bien si esa invitacion es hija de la mayor ilustracion del pueblo, ó de la ambicion de algunos díscolos, si se resiste, se espone con la mejor buena fe á que la equivocacion le cueste cara.

Sea como quiera, los neo-monárquicos siguen en sus trece de que han de traer monarca; y puestos á discusion juntamente los artículos 32 y 33 del proyecto constitucional, han pasado sesion tras sesion rechazando las enmiendas que á ellos presentaban los republicanos, que no han sido pocas, entrando despues en la discusion de los artículos por turnos. Las enmiendas, como se deja comprender, han ido encaminadas á defender la república embozadamente ó sin embozo. En unas se pedia lisa y llanamente el establecimiento de aquella forma de gobierno, y en otras que el Rey que se nombrase fuera electivo, y que se renovase al cabo de tantos años, etc., etc. Tanto en la discusion por enmiendas como por turnos se han repetido hasta la saciedad los mismos argumentos, así por parte de los republicanos como de los neo-monárquicos. Estos defendian que los derechos individuales, que es la manía de nuestros setembrinos, pueden subsistir en la monarquía, institucion que tiene la ventaja de acomodarse mas á nuestras tradiciones y á nuestras costumbres; y aquellos decian, y decian bien, que la forma natural de la democracia es la república, la cual tiene la ventaja de romper completamente con antiguas tradiciones, cosa, según ellos, necesaria, y aleja el peligro de que el Rey que se traiga, empezando por ser democrático, acabe por ser absoluto.

En entretenidas disertaciones sobre este tema han perdido el tiempo, por un lado, los ciudadanos Orense, Serrallara, Sorní, Palanca, Abarzuza, García Ruiz, etc., y por otro, Ulloa, Silvela, Montero Rios, Olózaga y algun otro.

Un incidente notable ha ocurrido en esta discusion. El republicano García Ruiz, Director de *El Pueblo*, y su antiguo compañero de redaccion, Sanchez Ruano, han defendido la república unitaria, combatiendo rudamente á la mayor parte de sus colegas republicanos, que quieren la república federal. Un dia se puso á votacion una enmienda

unitaria, y se salieron del salon, por no votarla en pro ni en contra, todos los diputados de la minoría republicana, quedando solo para apoyarla los dos diputados mencionados. Se ha dicho que algunos otros hubieran votado con estos dos; pero que no lo hicieron por no poner mas en evidencia la division de los republicanos. Lo mismo da; tiempo hace que se sabe que la division existe.

Pero con division ó sin ella, á pesar de estar los republicanos en gran minoría, ellos van triunfando entre los monárquicos, y cabalmente van triunfando los que son menos; esto es, los unitarios. La monarquía se votará y quedará consignado que esa ha de ser la forma de gobierno en España; pero ¿qué se consigue con eso? ¿Dónde está el monarca? Hasta ahora, por mas que se le busca, no aparece en ninguna parte. Todos los esfuerzos de la diplomacia de D. Salustiano y sus satélites se estrellan ante la sensatez de los príncipes extranjeros; y por cierto que no es necesaria mucha sensatez para despreciar el ofrecimiento de la corona democrática de nuestros revolucionarios. Solo un príncipe loco, ó un Orleans, puede ambicionar la gloria de colocarla en sus sienes. «Poca vergüenza ha de tener el Rey que acepte vuestras proposiciones,» decia un diputado republicano á los diputados de la mayoría.

Y mientras no venga monarca, ¿qué es esto sino una verdadera república unitaria? La idea que el vulgo tiene de la república se refleja en la aplicacion que hace de esta palabra. Figurémonos una casa desgobernada, en que mandan á un mismo tiempo el padre y la madre, y los hijos y los criados, y hace cada uno lo que quiere, sin sujecion á autoridad alguna, comiendo cada cual á la hora que le parece, retirándose á deshoras de la noche, y gastando todos de lo primero que llega á sus manos; no hay un español que vea semejante casa ú oiga hablar de ella, que no esclame: «¡Eso es una república!» Pues así se concibe la república aplicada á España. ¿Habrà quien niegue que hace siete meses que vivimos en república?

Así es que solo los republicanos se encuentran bien con el sistema vigente; fuera de ellos no hay quien no desee salir de esta deliciosa anarquía, y que se constituya un gobierno que de un modo ú otro gobierne. Esto exige naturalmente un cambio en la constitucion del poder ejecutivo, y hé aquí la verdadera dificultad. El poder está hoy dividido entre dos partidos, que son los que principalmente han hecho la revolucion: progresistas y unionistas. Ambos partidos se coaligaron para llevar á cabo su obra; pero ni se han fundido ni pueden fundirse, porque no se funden las rivalidades ni las ambiciones. Una vez conseguido el objeto de la coalicion, que era derribar el Trono, la coalicion no tiene nada que hacer, y si subsiste tiene que vivir necesariamente en la inercia. Los dos partidos no pueden ya dar un paso juntos; si uno de ellos intenta ir adelante, ha de ser rompiendo con el aliado, y para esto se necesita tener fuerza para dominarle. ¿Están, por ventura, en este caso ni los unionistas ni los progresistas, respecto unos de otros? No, por cierto: los dos son demasiado débiles todavía para lanzarse á una lucha. Y hé aquí la dificultad. Por eso continúa la interinidad y tiene que continuar.

En tal situacion, el enfermo ha querido variar de postura. Para ello se ideó nombrar un regente que hi-

ciera las veces del monarca en ciernes. El pensamiento partió de los progresistas, y tuvieron la generosidad de ofrecer la púrpura interina al duque de la Torre. Sería presidente del Consejo de ministros y ministro de la Guerra el general Prim; de suerte que el nombre y los honores de jefe serian para el que lo es de la Union Liberal, y la realidad para el partido progresista, personificado en el actual ministro de la Guerra. No estaba mal tejido este plan; pero los unionistas, que no son lerdos, han descubierto la hilaza, y no han tenido por conveniente esponerse á perder su influencia en el poder. El bondadoso duque ha visto, pues, que sus adeptos no aceptaban con gusto la idea de la regencia, y no ha hecho gran fuerza para que se llevase adelante. Puestos en el caso de aceptarla, los unionistas querian que el general Serrano exigiera que se diese la cartera de Gobernacion á uno de los suyos, á otros dos ó tres otras tantas carteras de otros departamentos, y á un general unionista la capitania general de Madrid. Los progresistas han visto que se habian adivinado sus intenciones, y ya no han manifestado gran empeño en llevar adelante la idea de la regencia. Únase á esto que los montpensieristas veian en ella un retraso en la eleccion de monarca, á la que parece que desean llegar cuanto antes, quizás esperando que á buenas ó á malas su candidato ha de ser el necesario, y que en general la mayoría de los diputados que no tienen compromisos personales no veian en la regencia sino la continuacion de la interinidad, en la que nada se resolvía, y se comprenderá por qué las cosas quedan por ahora en *statu quo*.

Dícese, sin embargo, que la idea de la regencia se ha abandonado, temiendo que los republicanos prolongasen demasiado la discusion de ese asunto por entorpecer la del proyecto constitucional; pero que, aprobada la Constitucion, lo cual sucederá dentro de muy pocos dias, se tratará de nombrar regente. De aquí á entonces ya veremos lo que sucede: no estamos en el caso de hacer proyectos cuya realizacion se haya de aplazar, aunque no sea mas que por ocho dias.

Con la idea de nombrar un regente ha coincidido la dimision del ministro de Estado, Sr. Lorenzana. De público se ha dicho que esa dimision era motivada por las exigencias de los progresistas, capitaneados por D. Salustiano, el cual, en su afán de buscar Rey, quiere disponer á su gusto de ciertos puestos diplomáticos. El ministro se resistia á nombrar para Portugal al progresista señor Fernandez de los Rios, y á aceptar la dimision del señor Tassara, representante en Londres, quien la envió por telégrafo al saber que no ocupaba aquel puesto á gusto de todos. En efecto: los progresistas suponen que en las conferencias que, á su paso por Paris, tuvo aquel señor con el ministro francés Lavalette, dió lugar á que este manifestase que el gobierno del Emperador no consentiria en España ni á Montpensier ni á la república. En vista de todas estas cosas, el Sr. Lorenzana hizo dimision de su puesto, y parece que solo á ruegos del duque de la Torre ha consentido en permanecer en él hasta que se resuelva completamente acerca de la modificacion del poder ejecutivo.

Se ha dicho que el Consejo de ministros en que el de Estado manifestó sus deseos de dimitir, fue algun tanto

acalorado; que el Sr. Ruiz Zorrilla habló con tanto ardor, que fue necesario que el general Prim le recordase que no era lo mismo hablar allí de asuntos del Consejo, que, en el Congreso, de reaccionarios y moderados.

El Sr. Figuerola leyó noches pasadas en las Cortes el presupuesto de gastos, precedido de una Memoria y acompañado de varios estados. La impresion producida por semejante documento ha sido fatal. El presupuesto de gastos es de 2,980.000,000 de reales, de modo que, siendo el de ingresos de 2,141.000,000, resulta un déficit calculado de mas de 800.000,000 de reales.

Se han hecho economías en algunos departamentos, pero en cambio se han aumentado los gastos de otros; de modo que las economías son nulas.

Los intereses de la Deuda importaban por todos conceptos antes de setiembre 986.977,010 rs., incluyendo en esta suma el fondo de amortizacion. Hoy se elevan á 1,369.847,280, resultando un aumento de 382.870,270 reales.

¡Terrible progreso!

Gran chasco se habrán llevado los que esperaban economías y nivelacion de los presupuestos. No era de esperar ciertamente tan crecido presupuesto; pero tampoco podian esperarse formalmente ni economías, ni nivelacion de ingresos y gastos. La ruina de nuestra Hacienda proviene de la revolucion, y mientras esta nos domine, no hay que esperar que mejore nuestra situacion rentística. Para mejorarla es indispensable herir en la cabeza á la revolucion, matar ambiciones, acabar con esta coleccion política que nos devora, y restablecer sobre bases sólidas la tranquilidad, sin la cual no hay verdadero adelanto, ni se fomenta la agricultura, ni progresa la industria.

En suma, lo que hace falta es esplotar los veneros de nuestra riqueza nacional, al mismo tiempo que se hagan economías; y nada de esto puede hacerse hasta tanto que haya un verdadero gobierno *español*.

En la semana pasada y en lo que va de esta se ha hablado mucho de cambios de guarniciones, de destierros de algunos generales, y de la desaparicion de otros. Que se han trasladado tropas de unas plazas á otras, es verdad, y tambien lo es que algunos militares han recibido orden de marchar á Canarias ó á las Baleares, aunque parece que esa orden se ha trocado despues por un *permiso* para cambiar de residencia dentro de la Península. En cuanto á desapariciones, lo único que se sabe de cierto es que el general Reina, capitán general de las Baleares á la caida de doña Isabel, y que habia recibido orden de ir á Cádiz desde Córdoba, donde tenia su cuartel, se encuentra hoy en Portugal. No sé si será tan cierto como esto el haberse encontrado en poder de un criado del general varios documentos relativos á planes de restauracion isabelina, y una letra de algunos millones de reis que debia hacerse efectiva el 16 en Lisboa.

El conde de Cheste, Gonzalez Brabo, Gasset y algun otro, se han trasladado á Paris, y se supone que este viaje puede tener por objeto la realizacion de algun plan de contrarevolucion. ¿Será posible que hombres ya de alguna edad se olviden del juicio hasta el punto de creer posible una restauracion isabelista?

Los diarios liberales han dado estos dias en la gracia

de presentar al ilustre general Cabrera, conde de Morella, en disidencia con Carlos VII, y un tanto aficionado á las ideas modernas.

Escusado era desmentirlo, y no habria para qué hablar de este asunto, á no tener que hacerlo de un caso desgraciadamente cierto.

El general carlista D. José Masgoret, mal aconsejado sin duda, publicó dias atras en Paris un manifiesto á todas luces perjudicial á la causa de la monarquía.

Carlos VII, con el carácter y energía que le distinguen, y de los cuales tanto espera nuestro país, acaba de reprobado la conducta del general, exonerándole de todos sus grados y condecoraciones.

Con príncipes como D. Carlos, significan muy poco para el éxito de la causa ocurrencias como la del señor Masgoret.

El presbítero Sr. D. Vicente Pastor fue puesto en libertad á los dos dias de prision; pero se le sigue una causa que no sé en qué se funda, aunque tiene por pretexto el sermón que aquel celoso sacerdote predicó en una función de desagrazios en la parroquia de San Martín. Parece que algun imprudente, ó quizás algun malvado, gritó: ¡Mueran los protestantes! Mas ¿tiene de esto la culpa el Sr. Pastor? No, ciertamente: amigos y enemigos convienen en que el Sr. Pastor se mantuvo dentro de los límites de la prudencia mas escrupulosa.

Las noticias de Cuba son tranquilizadoras. Los insurrectos están divididos, y esto hace que su acción no pueda ser muy enérgica. Aunque así no fuera, el resultado por ahora seria el mismo, porque han perdido ya mucho terreno, y sus esfuerzos no pueden contrarrestar la marcha triunfante de un ejército ya numeroso de tropas regulares, apoyado por la actitud decidida de los voluntarios, que lo son casi todos los buenos españoles que están en disposición de tomar las armas. En muchos puntos ni siquiera se resisten los insurrectos, á pesar de sus preparativos. Nuestros buques de guerra han apresado ya algunos que, procedentes de los Estados-Unidos, llevaban auxilios á los rebeldes, y ese saludable escarmiento retraerá á los que trataran de secundarlos. El gobierno norte-americano no se muestra hasta ahora muy dispuesto á favorecer la insurrección, y menos lo estará cada vez al ver que esta va de vencida.

Un hecho de la mayor significación está ocurriendo en los Estados-Unidos. Hace poco tiempo ha empezado á publicarse en Nueva-Yorck un periódico que se titula *El Imperialista*, y que defiende con calor la transformación de la república en la forma de gobierno que indica el título. Los demás periódicos le combaten sin tregua; pero ellos mismos confiesan que *El Imperialista* se reparte con profusión y que se lee con interés, sin que produzca el escándalo que hubiera producido pocos años atras. Lo peor del caso para los republicanos es que el tal periódico parece que está protegido por uno de los miembros mas importantes del gabinete de Washington, sin oposición por parte del presidente Grant.

Próximas á verificarse en Francia las elecciones, se han celebrado, como es costumbre, algunas reuniones electorales. Las mas importantes han sido las de Paris, Marsella y otras grandes poblaciones. Esas reuniones han producido en la capital del vecino imperio, y aun se

dice que tambien en Marsella, escenas lamentables. Grupos numerosos, formados en las inmediaciones de los sitios en que iban á celebrarse las reuniones, han recorrido despues algunas calles, dando gritos hostiles al gobierno establecido, y cantando la *Marsellesa*. No bastando en algunos casos las amonestaciones de la policía para que los grupos se retirasen, y contestándose á ellas en varios puntos con palos y pedradas, ha sido necesario dar varias cargas de caballería, originándose de todo esto algunas heridas y muchas contusiones.

Muchos periódicos franceses posteriores á aquellos escesos, que han tenido lugar los dias 14 y 15, no han llegado á Madrid; pero de la relación de los que han llegado, y de algunas cartas particulares, se infiere que Paris debió presentar, especialmente en la noche del 14, un aspecto imponente. La Guardia municipal tomó las boca-calles de los puntos en que se encontraba la muchedumbre, y habia grandes destacamentos prevenidos para caer sobre los alborotadores.

Mucho mas grave que los alborotos de los obreros y los estudiantes, seria, á ser cierto, un hecho que anunció ayer una de las agencias telegráficas. Tal es el haberse descubierto en Paris una conspiración militar, por la que se prendió á algunos soldados y oficiales de la Guardia imperial. La noticia no es inverosímil, pero merece ponerse en cuarentena.

A pesar de todas estas cosas, el gobierno ganará las elecciones, y aun eso le ayudará á ganarlas mas fácilmente; pero no se puede desconocer que la Revolución va haciendo progresos, y que el gobierno francés está en el caso de cambiar de política, no solo para el interior, sino aun para el exterior.

Á este propósito, y para terminar esta Revista, nada mas oportuno que las atinadas reflexiones que contienen las siguientes líneas que ayer mismo publicó el excelente diario católico-monárquico *El Pensamiento Español*:

«Por las noticias, decia, que copiamos en otro lugar, verán nuestros lectores que la situación de Francia responde ya al movimiento revolucionario de nuestro país.

»Tiempo hace que venimos anunciando los graves inconvenientes que para el gobierno imperial tiene la interinidad casi republicana de nuestro estado político, y las ventajas que le proporcionaria el establecimiento de un gobierno fuerte y decidido, contra el cual se estrellarían los esfuerzos de la Revolución.

»Si esto continúa como hasta aquí, el imperio francés, minado por la rivalidad de Prusia, por el odio de los mazzinianos y por la cooperación de nuestros revolucionarios, no podrá resistir los embates de tantos enemigos juntos, y vendrá á tierra, causando numerosas víctimas en toda Europa.

»Segun se presentan las cosas, los hombres de orden del mundo entero van á tener dentro de poco su única esperanza política en España, que acaso, por alto designio de la Providencia, sea teatro de una guerra de influencia general, y principio de una restauración católica en la vieja y trabajada Europa.

»De todas maneras, el horizonte es cada dia mas negro, y el momento de las grandes soluciones se aproxima.

»¡Confianza en Dios!»

LUIS ECHEVERRÍA.

CORRESPONDENCIA DE PARIS.

PARIS 15 de mayo.

Bien ha parecido aquí el número primero de la REVISTA, sobre todo por lo que promete. Aunque sin noticia ninguna sobre el particular, supongo perfectamente lo que á Vds. les habrá sucedido. No se improvisa así como quiera una REVISTA de la importancia de ALTAR Y TRONO: antes de darla su forma definitiva de modo que responda á lo que se la exige por lo que quiere ser y por las circunstancias, hay que pasar por ensayos y pruebas de toda clase. Pero empiezan Vds. bien, lo repito, y abrigo con todos los amigos la esperanza, y aun mas la seguridad, de que muy luego, al responder á todos los gustos, dentro de la misma doctrina y de la misma idea, se ganará todas las voluntades, y en ese mismo género de publicacion, la REVISTA llenará cumplidamente el vacío que sentíamos, y la inferioridad en que, respecto de nuestros adversarios, nos encontrábamos.

Dicho esto, por ser eco de las opiniones que aquí he oido emitir, contráigome á mi papel de corresponsal, al tenor de lo que prometí en mi carta primera.

Dos cosas referentes á España se supieron dias pasados y el mismo dia en Paris, afectando honda pero diversamente á la colonia española. Fue una de ellas la protesta que Cárlos VII habia hecho pública, atestigüando su fe, y contra las impiedades formuladas y aplaudidas por nuestros legisladores, en el telégrama dirigido al Director de *La Esperanza*; fue la segunda la publicacion en *Le Gaulois* de la carta que el conde de Ezpeleta, á nombre de los infantes D. Francisco y doña Isabel, dirige á la Patti, acompañando con un regalo regio la expresion del contentamiento con que los ex-soberanos de hecho de España habian oido sus trinos y *fioritures*.

¡Qué contraste, ó mas bien, qué de contrastes! D. Cárlos y doña Margarita, tan jóvenes, que ahora puede decirse entran en la vida, sin otra cosa que lejanos y aun podríamos decir tradicionales recuerdos de tristeza y amargura, en un presente en que todo les sonrie, y ante un porvenir en que todo parece anticiparse á sus ambiciones, no separan, sin embargo, sus ojos de su patria; con ella sufren, con ella y por ella lloran; á ella refieren todos sus pensamientos, y por su dicha elevan á Dios todas sus oraciones. En tanto, D. Francisco y doña Isabel, abrumados por el cuidado de una familia numerosa, que alcanza ya á dos generaciones, con tan agudos y amargos recuerdos en su presente, en el que debia creerse que no existia para ellos ni el último consuelo, el de la esperanza, ostentan una indiferencia inesplicable en su deseo febril de fiestas y goces, y pueden ostentarla hasta el punto de felicitar y agasajar á una cantatriz, titulándose *soberanos de España* en los momentos mismos en que España, desangrada por tantas partes y por tantas manos, siente que se ha tocado á la entraña entera de su ser, y deja oír, entre las exclamaciones de la indignacion, el quejido del dolor y el alarido del espanto.

Quisiera, en verdad (¡hasta tal punto es triste el contraste para la infanta en medio de lo que favorece al Rey!), haber hecho caso omiso de todo eso; pero no es posible; no puedo faltar á mis deberes de cronista y corresponsal

hasta ese punto. Eso es lo que hoy ocupa y preocupa á toda esta colonia española; nuestros adversarios, como nosotros, comentan los hechos, y por cierto que los comentarios son interesantes. ¿No se diria, en efecto, que en la conducta de Cárlos VII hay algo que, siendo hijo del presentimiento, anticipa el suceso presentido? ¿No se diria que D. Cárlos no puede dejar de mirar á España, no puede olvidarla un solo momento, porque siente que allí está su vida, que su destino está fijado y soldado al de su nacion, que es ya la cabeza del gran pueblo? Y, al contrario, ¿no hay algo (por no decir que hay todo) en la conducta de doña Isabel, que, nacido de la conviccion, implica la ruina total de toda esperanza? ¿Puede abrigar, por mas que así lo aparente, la idea de reinar en España quien tanto olvida sus dolores y tan poco siente sus desgracias? Y hay otra cosa: por fijarse solo en España, Cárlos VII todo lo espera del amor y de la adhesion de los españoles; por tener un momento de ilusion, doña Isabel solo mira al extranjero, y así, despues del error en que ha caido al contar con los buenos oficios de Napoleon, hoy comete la falta de acudir á Bismark, como si el prusiano pudiera y quisiera darla lo que acaso ha contribuido á que se le arrebatara. Les repito, por lo demas, que todo el mundo habla de esto, y que no podia pasarlo en silencio, aunque repugna á mi corazon lastimar á lo caido, y aunque, por monárquico y dinástico, me duela haber de señalar lunares en lo que solo desearia mereciera y obtuviera consideracion y respeto absolutos.

Algo debo decir tambien del efecto que han producido entre los publicistas franceses las brutales impiedades de los demócratas y la impía complacencia con que las ha oido el poder ejecutivo. A unos y á otros, al gobierno y á los demócratas, se les compara con los oradores y estadistas que en varias reuniones públicas celebrados aquí últimamente han logrado, tras la silba sangrienta de toda inteligencia, no ya cultivada, sino simplemente decente, los honores de figurar en los tribunales correccionales. De modo que podemos decir que nos legislan y nos gobiernan hombres que en cualquier otro pueblo solo pueden ser silbados y condenados. Esa es, sin duda, la mísera honra descubierta en Cádiz por el poeta que puso á los comuneros en zarzuela por contraste antiespañol de lo que debia hacer andando el tiempo al convertir en héroes, ministros, legisladores y personajes de tragedia, á tantos consuetas de sainete. Esa es tambien la admiracion que hemos ganado por parte de los pueblos cultos. Ni siquiera merecemos compasion á que no esté unido el desprecio, y desde el ático *Diario de los Debates* hasta el grosero *Tintamarre*, todos los periódicos nos toman por blanco de sus burlas y de sus chanzonetas. Y con esto, siempre, gracias á los hombres de Cádiz, á los puros estadistas, y sublimes economistas de los círculos del progreso y de la Union Liberal, los señores extranjeros nos sacan el mermado capital que ya nos queda, á cambio de los pocos francos que como un gran favor nos dan.

Vds. sienten, sin duda, muy bien cuál es la situacion de España; pero es seguro que nosotros la conocemos aquí mejor que Vds. ¡Qué de cartas se reciben de todas las provincias, de todos los pueblos, de personas de to-

das las clases en la calle de Chauveau-Lagarde! Puedo hablar sin indiscreción acerca de ellas, porque lo que dicen no es ¡ay! cosa que á nadie sorprenda, y el nombre de los escritores no es fácil averiguarlo.

—Señor, dice uno al Rey hablándole en nombre de la industria y del comercio; señor, apresúrese V. M., porque estamos pereciendo.

—¿A qué aguarda V. M.? pregunta otro que se deja ver con la mano puesta sobre el pomo de la espada. Esto es una anarquía, un caos; aquí no se respeta ya nada; se reparten gracias á quien en justicia merecería otra cosa, y la lealtad inspira recelos, y el mérito es ocasión de desgracia.

—El día que V. M. pase la frontera, todos aquí saldremos á aclamarle, dice un hacendado de pueblo á quien el socialismo por una parte y el liberalismo por otra están reduciendo á la miseria, en daño de toda la gente laboriosa de la comarca.

Y así, vuelvo á decir, mil y mil cartas todos los días. Ya supondrán Vds. cómo nos dejará la lectura de estas cartas, y sobre todo qué efecto hacen en el ánimo tan impresionable y tan vehemente, en todo lo que es noble y arriesgado, de D. Carlos. Pero es preciso tener calma y hasta no ceder á sus ímpetus mas nobles; debe mostrarse grande y digno del Trono nuestro Soberano. Cabrera en Kissingen (Alemania) se restablece maravillosamente; se va encontrando como cuando tenía veinte años.

No sé ya, despues de esto, de qué otra cosa hablar

á Vds. Aquí nadie se ocupa hoy sino de las elecciones, y nada puede darse mas monotonó y fatigoso que la lectura de los periódicos franceses, llenos de profesiones de fe de los candidatos y de detalles sobre las reuniones electorales. En un pueblo como este, tan voluble, todos los cálculos pueden salir fallidos; paréceme, sin embargo, que el gobierno imperial ha de obtener un gran triunfo, y me fundo para creerlo, no solo en que es gobierno, y en estos tiempos de libertad lo tiene todo quien tiene la sartén por el mango, sino en lo que él calla, mientras los opositores hablan por los codos. Entre tanto, el prefecto de Paris puede burlarse de todos sus adversarios, que creían haberle hundido en las últimas elecciones. Ha querido hacer un empréstito de 250.000,000 de francos, y en Paris, Lyon, Marsella y Burdeos se ha pegado la gente por tomarlo, ofreciéndosele mas de dos mil millones. ¡Qué agua se le hará en la boca, al leer estas cosas, al terrible economista Sr. Figuerola!

Por turno, y semana por semana, llegan á Paris, y pasan los días encerrados en el polígono de Vincennes, los oficiales de artillería de las guarniciones de los departamentos, estudiando el mecanismo y la táctica de las ametralladoras. El ministro de la Guerra ha dispuesto que todos los generales pasen revista los domingos á las tropas para despertar el ardor belicoso de los pueblos; el ejército francés está ademas en gran pie de guerra. ¿Qué significa todo esto? Ya se lo diré cuando pasen las elecciones, y segun su resultado. Pero antes espero hablar á Vds. de otras cosas mas interesantes.

CONDICIONES Y PUNTOS DE SUSCRICION.—Madrid. En su Administracion, calle del Carbon, núm. 4, cuarto tercero; en la imprenta de *La Esperanza*, calle del Pez, núm. 6, y en las librerías de Olamendi, Aguado, Tejado Hermanos, Lopez, etc.

Provincias. Por medio de los comisionados de la REVISTA, que lo son tambien de *La Esperanza*, ó dirigiéndose á D. Antonio Perez Dubrull, Administrador y editor de la REVISTA, acompañando el importe en libranzas ó letras de fácil cobro, ó en sellos de franqueo si aquello es absolutamente imposible; pero certificando las cartas en que vengan estos, para evitar extravíos.

Ultramar y extranjero. En los puntos siguientes: *Paris*, M. Brachet, rue de l'Abbaye, 8; *Agencia franco-española* de don C. A. Saavedra, 55, rue Tailbout, y en la *Librería Española*, casa de Mad. C. Denné Schmitz, rue Favart, n.º 2.—*Bayona*, M. Lasserre, rue Orbe, núm. 20.—*Habana*, Sres. M. Lopez y Compañía, D. Ricardo B. Caballero y Compañía, D. José María Abraido, calle del Obispo, D. Andrés Graupera, y D. Benito G. Tánago, calle de la Habana, 126.—*Matanzas*, Sres. Sanchez y Compañía.—*Puerto-Principe*, don Carlos Tejeiro.—*Remedios*, D. Santiago Sauri.—*Santiago de Cuba*, D. Juan Perez Dubrull.—*Puerto-Rico*, Sra. Viuda de Gonzalez, y D. Pascasio P. Sancerrit.—*Mayagüez*, D. José Miret.—*Ponce*, D. Manuel Lopez.—*Méjico*, Sres. Buxó y Compañía, Portales del Aguila de Oro, y D. Isidoro Devanes.—*Veracruz*, D. Juan Carredano.—*Puebla de los Angeles*, D. Narciso Bassols.—*Mérida*, D. Rodolfo Canton.—*Tampico*, Sres. Gutierrez y Vitory.—*Nueva-Yorch*, en la redaccion de *El Cronista*.—*La Guaira*, Sres. Salas y Montemayor.—*Guatemala*, D. Ricardo Escardille.—*Caracas*, D. Cornelio Perozo.—*Cartagena de Indias*, D. Joaquin Velez.—*Bogotá*, Sres. Medina Hermanos.—*Lima*, D. Benito Gil.—*Buenos-Aires*, D. Federico Real y Prado.—*Montevideo*, Sres. D. Gregorio Ibarra y hermano, y D. Hipólito Real y Prado.—*Guayaquil*, A. Lamotta.—*Vaiparaiso* (Chile), D. Nicasio Ezquerra y D. Orestes L. Tornero.—*Santiago de Chile*, D. A. Raymond.—*Manila*, D. Francisco de Marcaida, Sres. Ramirez y Giraudier, D. Quintin Zalvidea (Santa Cruz), y D. Estéban Plana.

La Revista se publica los dias 5, 13, 20 y 28 de cada mes.

PRECIOS DE SUSCRICION.

EN LA ADMINISTRACION Ó EN LA IMPRENTA DE "LA ESPERANZA."	MADRID Y PROVINCIAS.		ULTRAMAR Y EXTRANJERO.		
	Madrid y provincias.	Ultramar y extranjero.	POR MEDIO DE LOS LIBREROS Y COMISIONADOS.	Madrid y provincias.	Ultramar y extranjero.
Por un año.....	50 rs.	5 pfs.	Por un año.....	60 rs.	6 pfs.
Por un semestre.....	25 »	3 »	Por un semestre.....	30 »	3 ½ »
Por un trimestre.....	13 »	» »	Por un trimestre.....	16 »	» »

En Madrid podrá hacer la suscripción, el que así lo prefiera, por medio de los repartidores, á razon de 5 rs. al mes.

Á los señores corresponsales y librereros, tanto de España como del extranjero y Ultramar, que reúnan cinco ó mas suscripciones, se les enviará grátis la REVISTA. De igual beneficio participarán tambien los particulares que reúnan el mismo número de suscritores.

REGALO.

Á todo el que se suscriba á la REVISTA abonando el importe de un año, se le regalarán en el acto tres retratos en tarjeta perfectamente fotografiados: uno de busto y otro de cuerpo entero y traje militar del Sr. D. Carlos de Borbon, y otro de busto de su augusta esposa doña Margarita.

El que por tener ya los espresados retratos prefiera una de las dos obras siguientes, elegirá la que guste:

Vidas de los Mártires del Japon y de San Miguel de los Santos, con seis bonitas láminas litografiadas. Ademas contiene una detallada reseña del acto de la canonizacion, y un extracto biográfico de los Prelados españoles que asistieron á aquel grandioso acto.—Consta de 272 páginas de impresion esmerada y correcta.

Diario Cristiano, recopilado por el Dr. D. Miguel Martinez y Sanz.—Contiene el martirologio de cada dia, y la vida de algunos de los Santos que figuran en él, ó bien la explicacion del misterio que en aquel dia celebra la Iglesia.—Consta de 440 páginas de impresion compacta y esmerada.